

que a menudo es riqueza y otras veces lastre, alienta asimismo una posición, una toma de partido y una visión de lo real. Es de esas novelas que tienen consciencia de sí mismas (en el texto puede leerse alguna vez la referencia a "esta novela", p. 199), y por lo mismo es previsible que contenga su *ars narrandi* y hasta la visión del mundo que la sustenta. Dos momentos clave nos dan ejemplos de ello. Uno, en el capítulo 6, cuando un personaje le reprocha a Mateo Albán la fragmentariedad de sus historias: cuando "el escuchante le tomaba cariño o aversión al negro Bladimiro, por ejemplo, ya el autor lo hacía desaparecer, como si fuera un retablo de maravillas". A esta objeción Mateo Albán contesta defendiendo a su novela, que "el mundo de la realidad es así: una especie de circo en el cual gracias a las palabras mágicas del anunciador los

titiriteros tenían que desmontar rápidamente su industria para dar paso a los domadores y domados, quienes (...) cuando se les había vencido su tiempo, debían retirarse sonriendo para que entraran los equilibristas de largas pértigas, los payasos con grandes zapatos, los gitanos de oscuras greñas, los faquires mostrando flacos huesos...", etc. (p. 60). En el capítulo 20 otra objeción se le expresa al cronista: que sus personajes son "intrascendentes" y no grandiosos como Jesucristo, Carlomagno, Julio César o Bismark. "Mateo le respondió desde aquél su mundo torturado. Sonrió débilmente. Sí, eso creí yo alguna vez. Indudablemente la gloria es un sueño muy bello, pero no deja de ser eso, un sueño y cuanto más grande más irreplicable. La Historia es el lugar de los nombres. Sólo la vida es el de los hombres" (p. 209).

Si no siempre la novela se asienta en estos presupuestos o a menudo los oculta o los excede en su fárrago dejándonos la impresión —esa sí indeleble— de la vida como circo, es un libro que merece inequívocamente la lectura. Y esa lectura trae el premio de la gratificación por su amenidad. Novela, entonces, amena y hasta por trechos regocijante; de inventiva ingeniosa y sostenida, con un humor que cuesta llamar alegre por el rictus que conlleva, *Breve historia de todas las cosas* accede a la narrativa colombiana y latinoamericana con brío y un despunte de sabiduría (sabiduría narrativa, técnica, y de la otra: de la vida), y se instala cómodamente en la "nueva" novela con la certidumbre de encontrar aquí a un narrador que con el tiempo, sin perder el brío, madurará su sabiduría.

□ Jorge Ruffinelli

Raúl Hernández Viveros: *Los otros alquimistas*

La literatura veracruzana contemporánea y, particularmente, la xalapeña, manifiesta en la evolución de su narrativa un fenómeno sumamente interesante que tendrá que ser estudiado tarde o temprano: un cambio del realismo social a una metaliteratura no exenta de un fuerte y marcado interés "psicológico" que desemboca paulatinamente en la

narración política. Los mejores momentos de esta evolución lo constituyen, sin duda, *Polvos de arroz* de Sergio Galindo, "El verano de la mariposa" de Juan Vicente Melo (uno de los mejores cuentos de la literatura hispanoamericana) y algunos relatos de Hernández Viveros. Por otra parte, este fenómeno señalado por nosotros parece reflejar, en una especie de muestra particular, lo que viene sucediendo en el ámbito más general de la literatura

mexicana y, por supuesto, de la latinoamericana.

Los otros alquimistas, el segundo volumen de cuentos de Raúl Hernández (el primero, *La invasión de los chinos*, publicado en la colección Cuadernos del Caballo Verde) presenta una tensión altamente significativa que podría ser ilustrada tomando como manifestaciones más precisas y logradas "Luz de fogatas" y "¡Viva Grecia!", por una parte, y "Los otros alquimistas", por otra.

* Universidad Veracruzana, Xalapa, 1978, 174 pp.

Como los cuentos no son presentados por el autor según un orden cronológico no podemos atrevernos a lanzar ninguna hipótesis en cuanto al origen y evolución histórica de la tensión arriba señalada por nosotros, sólo trataremos de precisar un hilo de lectura sincrónica. Los dos relatos que citamos en primer término corresponden a una asimilación equilibrada del contenido político a una expresión (lengua y forma expresiva). En el primero, "Luz de fogatas", el narrador resuelve con una economía de medios considerable la presentación de un "hecho social", una huelga obrera. El relato no presenta, como en las narraciones románticas o realistas de periodos anteriores, el interés por un personaje que vendría a constituirse en el héroe de las acciones (sea este positivo o negativo, según el gusto de la ideología dominante), sino que su interés se hace social: los obreros mismos parecen más bien reservados a un trasfondo durante el relato de las escenas y son las mujeres de éstos quienes hacen contrapunto con los políticos corruptos y sus esbirros. La venalidad de los dirigentes es más bien señalada casi indirectamente y sin hacer ningún énfasis caricaturesco (tentación que no siempre suele evitar Hernández Viveros, por ejemplo, en el cuento "El nacimiento del tercer mundo"). La narración altamente ponderada por el uso de un lenguaje justo tiene su culminación en dos momentos: la escena de la represión violenta lanzada por los esbirros y el final desolado donde

pierden los que parecen condenados a perder siempre hasta que la historia nos demuestra lo contrario. "¡Viva Grecia!" toma un tema difícil por lo trillado en cuanto parece ya pertenecer por derecho propio a una escuela que tuvo su gloria y decadencia: la situación de miseria y explotación del indígena. Lo que agrada y sorprende en el manejo del tema es la cautela del narrador en la elección de la lengua (lexemas y construcciones sintácticas) con que se expresan sus personajes. Tampoco hay aquí ningún recurso fácil, y por tanto caído en un costumbrismo o localismo que haría el relato pintoresco y le restaría el vigor que mantiene de comienzo a fin. El narrador elude también el sarcasmo, anzuelo este último que suele morder en relatos como "El boom se fue a la guerra". Si bien el final del relato que comentamos carga un poco la tinta sobre la desgracia del indio José: ni la muerte de su segundo hijo, el párrafo final, por su vigor y resonancia hace olvidar ese dejo de romanticismo indigenista.

El polo de ambos relatos podríamos llamarlo sin temor "político": el tema lo es y la resonancia que deja su lectura no puede ser llamado de otra manera. Estos momentos literarios bien logrados por Hernández Viveros deberían y tienen que ser repetidos en futuros trabajos.

El otro polo, dijimos, cuenta con su mejor momento en el relato que da nombre al libro que reseñamos, "Los otros alquimistas". En este relato hay una ruptura notable del discurso realis-

ta, pues uno de los códigos de éste: la coherencia "geográfica" es alterada: Torreblanca es beneficiado por un robo ocurrido en Lima mientras él se encontraba aprestándose a realizar uno similar frente a nuestro apacible supermercado Chedraui, aquí en Xalapa. La "incongruencia" de este hecho no es aclarada por el narrador y lo que manifiesta que Hernández Viveros sabe narrar, tampoco es cuestionado con mayores detalles.

Esta tensión puesta de manifiesto por nosotros parece ser el común denominador de la literatura nueva, la que se hace sentir, a partir del 68 en México, al menos en los buenos narradores como Samperio, Ojeda. Tensión que señala una doble influencia: la de la situación real altamente política y politizada, pese y gracias a los esfuerzos de las clases dominantes y del Imperio por desviar la atención de los problemas latentes en toda Latinoamérica, por una parte, y la de autores como Borges y Cortázar, por otra. El desafío presentado a la generación a la cual pertenece Hernández Viveros es el de encontrar un lenguaje y por tanto, un nuevo tipo de literatura que no se reduzca a repetir las ingeniosas imaginaciones de la literatura fantástica (aunque bien pudiera hacerlo de vez en cuando como concesión y no como sistema) y a perderle el miedo y el pudor al tema político, cuyo tratamiento hará de él un tema literario como lo fue en su tiempo el religioso y el social.

□ Renato Prada Oropeza